



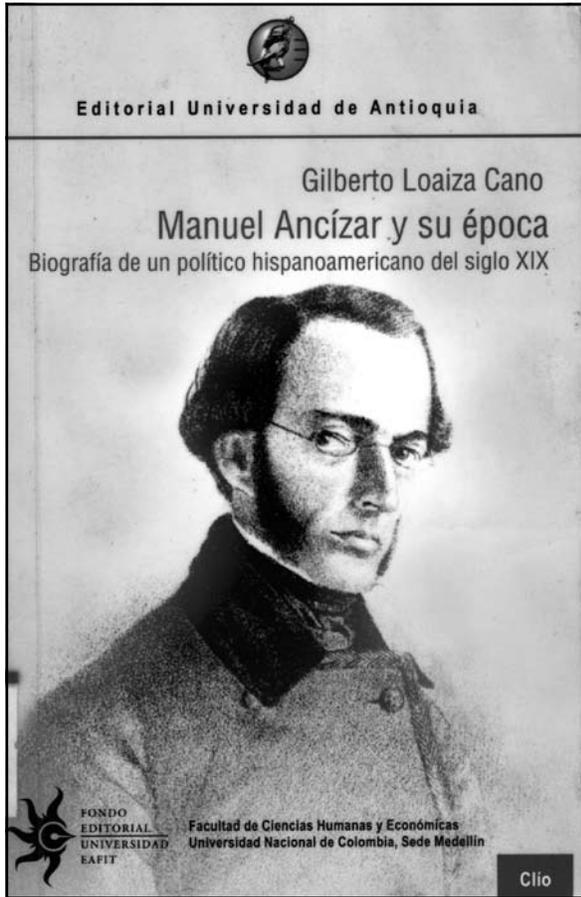
Reseñas

ÈRIC MAIGRET

Sociología de la comunicación y de los medios

GILBERTO LOAIZA CANO

Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo xix



La peregrinación de Manuel Ancizar en el siglo XIX

Gilberto Loaiza Cano. *Manuel Ancizar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX.* Editorial Universidad de Antioquia, Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2004, 521 p.

Firmaba como *Padre Alpha*, y se le recuerda más por los relatos de viaje que escribió con mirada de etnógrafo y acuciosidad de notario en *La peregrinación de Alpha* —cuando acompañó a la Comisión Corográfica en calidad de secretario, entre 1850 y 1851—, que por su militancia en el Partido Liberal y en la Gran Logia Masónica, o por su impulso a instituciones educativas tan importantes como la Universidad Nacional.

En esta monumental y exhaustiva biografía, Gilberto Loaiza Cano reconstruye la trayectoria del conspicuo personaje en sus facetas de científico, político, diplomático, periodista y pedagogo y, más allá de la cronología, analiza el alcance de sus ideas y de sus obras en el contexto de la época, y en los ámbitos

continental y nacional, teniendo en cuenta sus años de formación y sus influencias intelectuales.

Nuevamente, el profesor del Departamento de Historia de la Universidad del Valle demuestra su capacidad para enfrentar los grandes desafíos de la biografía, como antes lo hizo con *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura. Colombia 1898-1924* (Premio Nacional de Cultura, en 1994). Incluso el primer capítulo ofrece al lector las claves para comprender la biografía desde la perspectiva de los más reconocidos cultores y teóricos, y revive los debates en torno al tradicional género, tan exótico en Colombia, donde figuras de la talla de Manuel Ancizar estaban olvidadas en la historiografía, como tantos otros en la historia de la vida intelectual colombiana, retomando las palabras del autor.

Justamente el valor de este libro está en el rescate del personaje, pero también en el método elegido por el biógrafo, que reconstruye minuciosamente la rica parábola vital de Ancizar a partir de los archivos privados y públicos y de la confrontación de fuentes documentales, hasta llegar a problematizar su vida pública y privada mediante interpretaciones osadas, ajenas a la mitificación y al panegírico, y manteniendo siempre una sana distancia con su objeto de indagación.

Sin duda, a Loaiza Cano se le apareció el genio de la botella cuando tuvo acceso al *archivo* Ancizar que la familia guardaba celosamente. Del arcón va sacando todos los documentos que ilustran desde la dramática huida de la familia de Santa Fe de Bogotá a La Habana, donde el hijo mejor, Manuel, tuvo su formación como masón librepensador; pero donde también sufrió soledad y pobreza tras perder a su madre y hermanos y las comodidades de que gozaban en el virreinato por su origen español.

De Venezuela, donde cumplió una destacada labor como pedagogo e impulsor de empresas culturales de la magnitud de la Biblioteca Nacional, lo trajo el presidente Tomás Cipriano de Mosquera, en 1846 (cuando contaba 25 años), para participar en la Comisión Corográfica liderada por el italiano Agustín Codazzi, pero también para montar la imprenta Neogranadina, en la cual se imprimió *La Gaceta Oficial* y nació el primer periódico moderno del siglo XIX, *El Neogranadino*, donde Ancizar publicó por entregas sus relatos de viaje por las provincias del norte del país, bajo el título *La peregrinación de Alpha*.

En esta luminosa empresa cultural que fue *El Neogranadino*, Ancizar sentó su credo de francmasón

y liberal radical y abrió secciones novedosas destinadas a la crónica cultural de la capital, a los folletines literarios, a la información internacional, local, económica y agrícola necesaria para la modernización del país. Además, introdujo modernas técnicas de impresión con la litografía y dotó a este periódico de un carácter cultural y científico, además del consabido político y sectario que predominaba en las numerosas publicaciones que surgieron con los partidos. Es así como el semanario *El Neogranadino* se enfrentaba a *El Nacional*, de dos ideólogos del conservatismo: Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro.

Después de documentar su periplo en la diplomacia por Ecuador, Perú y Chile en las más ingratas y precarias condiciones, pero en el cual divulgó sin pausa su modelo republicano liberal, el biógrafo contextualiza las otras empresas políticas y culturales que alentó Ancízar, como la Constitución de Rionegro de 1863, inspirada en los principios de la Gran Logia Universal, que instauraba el modelo racional positivista para combatir la hegemonía del clero en la vida pública. Con ese mismo propósito de secularizar la educación, participó en la fundación de ese “templo laico de la cultura” que fue la Universidad Nacional en 1867 —donde desempeñó la primera rectoría— y de nuevo volvió a encender la fogata de las ideas radicales desde el periódico *El Tiempo*, de su amigo y futuro cuñado José María Samper (quien luego depondría su anticlericalismo y se pasaría a las toldas de la Regeneración). Este periódico fue el órgano oficial del liberalismo radical desde 1855 y durante seis años llegó a circular con 800 ejemplares, un amplio tiraje para la época.

En esta apasionante biografía de una figura tan influyente en la política y en el periodismo colombiano no falta el detalle menudo sobre la intimidad del personaje, sobre su tardío matrimonio con Agripina Samper —una de las pocas mujeres instruidas en la machista sociedad santafereña—, sobre sus amigos más cercanos dentro y fuera de la Logia, sobre sus vacilaciones, sus conflictos de buen burgués con el proyecto reformista del liberalismo y con la poderosa familia política Samper Agudelo, que lo acogió y convirtió en socio de sus prósperas empresas, con lo que la independencia de criterio abandonó al veterano político, ahora más preocupado por asegurarles una buena educación y bienes a sus hijos.

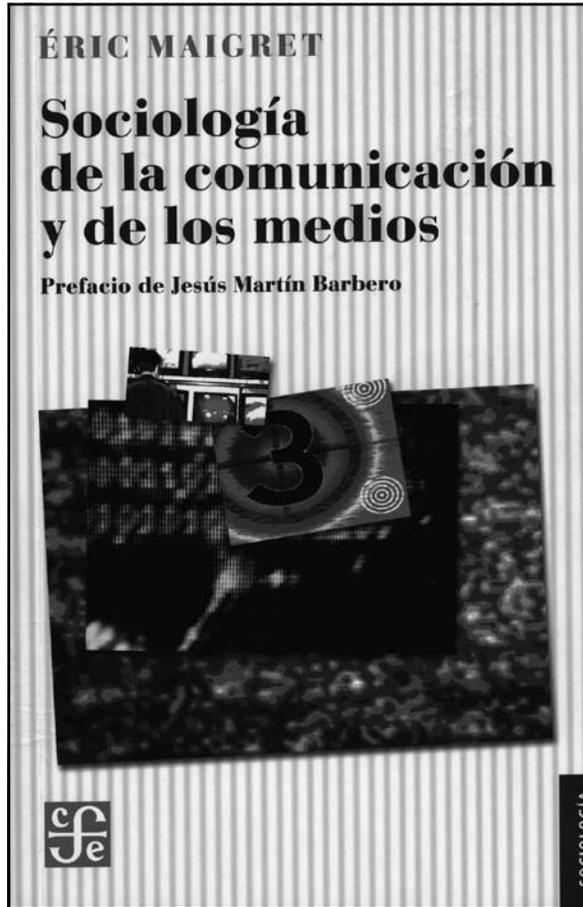
Consciente de su aporte a la formación de las ideas liberales en Colombia, Manuel Ancízar alimentó el

archivo privado que sus descendientes supieron proteger, y Loaiza Cano le sacó el mejor partido durante diez años de trabajo con este libro de impecable factura, que combina pasajes de fluido relato y sugestivas hipótesis que conducen la interpretación por una esclarecedora cadena de razonamientos y evidencias. Es así como el lector que se sumerge en las 500 páginas de este libro emerge con una visión renovada de la historia colombiana del siglo xix, sobre todo por los hallazgos relacionados con la influencia de la francmasonería en América del Sur en los procesos de independencia y en las interminables luchas de los intelectuales criollos por lograr la hegemonía cultural, que en las nacientes repúblicas comenzaba por secularizar la educación. Proceso la mar de complicado en Colombia donde la élite neogranadina estaba más interesada en la formación libresca y especulativa que en la técnica y científica, y donde la presencia o ausencia de los jesuitas era suficiente motivo para iniciar una guerra.

La edición conjunta de las universidades de Antioquia y Eafit, acompañada de invaluables testimonios gráficos, da prueba del profesionalismo y del respeto por los lectores característicos de las editoriales académicas, tan tristemente distantes del mercado editorial y de la parafernalia publicitaria. Cuando títulos como éste ingresen a las listas de los más vendidos, estaremos hablando de un país culto, deseoso de conocer su memoria. Por lo pronto, que lo siga descubriendo esa minoría de lectores afectos a la biografía histórica.

Maryluz Vallejo

Departamento de Comunicación



Dos buenas razones para leer a Maigret

Éric Maigret. *Sociología de la comunicación y de los medios*. Fondo de Cultura Económica, México df, 2005, 494 p.

Hay dos razones por las cuales la cartografía de la investigación en comunicación social formulada por Éric Maigret, con el título de *Sociología de la comunicación y de los medios*, resulta sumamente interesante. La primera tiene que ver con el hecho de que esta cartografía está planteada en tres dimensiones que podrían ser definidas de la siguiente manera: una histórica, una epistemológica y otra geográfica. La segunda razón es más de orden político y está relacionada con la importancia que tiene la selección de los espacios desde los cuales se realiza la demarcación de las trayectorias investigativas, pues ello puede llevarnos a reflexionar sobre el sentido que cobra la investigación de la comunicación de América Latina en la definición del mapa que referencia el campo de estudios comunicativos.

En cuanto a la primera hay que decir que el trabajo propuesto por Maigret es exhaustivo, en cuanto a que no sólo examina las fuentes más profundas desde las cuales han sido planteadas las distintas teorías de la comunicación social, sino que, además, hace un intenso recorrido por las motivaciones y los problemas que en cada ámbito geográfico y en cada momento histórico llevaron a un particular desarrollo de la investigación en comunicación.

A este respecto puede agregarse además que, como ocurre en pocas publicaciones de este tipo, el libro de Maigret está lleno de innumerables detalles que hacen coherente el relevo de unas escuelas de pensamiento por otras y de unos autores por otros. Pero esa coherencia también es el resultado de una magnífica estructuración de los distintos capítulos que integran las tres partes en las que está dividida esta sociología de la comunicación y de los medios.

No obstante, y aunque el propósito fundamental del libro parece ser una minuciosa referenciación de la investigación de la comunicación en los Estados Unidos y Europa, lo cierto es que sus páginas no se agotan en este propósito y logran plantearse asuntos tan fundamentales como los problemas que hicieron difícil el despegue de una investigación en comunicación en la Europa de principios del siglo xx, y que Maigret, contrario a lo que comúnmente suele pensarse, ubica no en las circunstancias generadas por las dos guerras mundiales, sino en el escepticismo que autores como Marx, Tocqueville, Weber, Durkheim y Simmel habían sembrado en las ciencias sociales, con respecto a las promesas que el desarrollo de la modernidad traía consigo.

Evidentemente, la contraparte del escepticismo y la crítica europea la constituye un desarrollo de la investigación de la comunicación en Norteamérica, donde la inspiración en el pragmatismo hizo posible no sólo el florecimiento de una investigación de la comunicación que diera repuestas a las demandas del gobierno, los empresarios y los políticos, sino, en general, a una mirada mucho más optimista frente a la relación que se establece entre medios de comunicación y sociedad.

En todo caso, las diferencias que pueden observarse desde el inicio del siglo xx, a uno y otro del Atlántico, serían el preludio de las particularidades que caracterizarían a todo el desarrollo de la investigación en comunicación en los contextos norteamericanos y europeos y que dan cuenta de la incidencia que tiene

el espacio social sobre el tipo de investigación que se lleve a cabo.

Esta observación nos lleva, necesariamente, a la segunda razón por la cual la lectura de este libro se hace interesante; esto es, la inquietante ausencia de una referencia explícita a los estudios de comunicación en América Latina. Un espacio geográfico que desde la década de los setenta viene siendo abordada por la investigación en comunicación, no sólo para intentar aportar salidas políticas al problema del subdesarrollo, sino, también, para generar conocimientos sobre la constitución política de los actores populares, el funcionamiento de la ideología y las industrias culturales en el contexto de la hegemonía norteamericana, las mediaciones culturales, las relaciones entre medios y audiencias y un largo etcétera.

A este respecto, lo que indica la ausencia de una referencia explícita a la investigación en comunicación en América Latina no es sencillamente un olvido, un *eurocentrismo* declarado o un problema de demarcación de las trayectorias que definen el campo de estudios de la comunicación, sino, más bien, un problema de reconocimiento y de legitimidad que atraviesa de principio a fin nuestra producción intelectual y que, indudablemente, no podemos seguir desatendiendo si realmente queremos que nuestros trabajos cobren validez más allá de nuestras propias fronteras, no solo geográficas, sino, también, académicas. Por eso, el trabajo de Maigret es sumamente importante, no sólo para pensar el campo, sino para pensar más profundamente en el tipo de investigación que hacemos.

Mirla Villadiego Prins

Departamento de Comunicación